

medec, de Pittsburg. Alexander Bonnox; de Temeswar. Darius Bucciarelli, de Pulati. Gherardus Petrus Willmer, d'Harlem. Georgius Bluter, de Sidon. Patritius Franciscus Cruice, de Marsella. Joseph María Covarrubias de Antequera. Robertus Corthwaite, de Beverley. Aloysius di Conossa, de Verona. Laurentius Studach, d'Orthosie. Joseph Berardi arch. de Nicee.

El Santo Padre respondió:

“Los sentimientos que nos habeis manifestado, venerables hermanos y muy amados hijos, nos han causado una alegría profunda; son las prendas de vuestro amor hácia esta Santa Sede, y mucho mas aun, el testimonio ostensible y magnifico de ese lazo de caridad que une tan estrechamente á los pastores de la Iglesia católica, no solo entre sí, sino tambien con esta cátedra de verdad; de donde resulta evidente que el Dios autor de la paz y de la caridad está con nosotros. Y si Dios está con nosotros, ¿quién estará contra nosotros? ¡Alabanza pues, honor y gloria á Dios! ¡A vosotros paz, salud y alegría! ¡paz á vuestros corazones! ¡salud á los cristianos fieles encomendados á vuestros cuidados! ¡alegría para vosotros y para ellos á fin de que os regocijeis con los santos, entonando un cántico nuevo en la casa del Señor durante los siglos de los siglos!”

DISCURSO

PRONUNCIADO EN ROMA EL 3 DE JUNIO DE 1862,

POR

Monseñor Dupanloup, Obispo de Orleans,

EN FAVOR

DE LAS IGLESIAS DE ORIENTE.

Quid statis, aspicientes in caelum?
¿Por qué estais ahí mirando al cielo?

Si, todos en este momento estamos mirando al cielo!... En toda la Iglesia católica, todas las miradas, todos los corazones, todos los temores, todas las esperanzas se vuelven hácia el cielo.

Pero en medio de esta emocion extraordinaria, ¿qué significa esta grande y solemne asamblea? ¿Quiénes son los que veo aquí de todos los puntos del universo y que tan hondamente conmovidos están al hallarse en Roma juntos?

Todo me asombra aquí... ¿Quiénes son esas dos hermanas venidas á los piés del Padre comun, una del Occidente y otra del Oriente; la una mas feliz, mas feliz en su fé, á pesar de tantas y tan crueles pruebas, mas feliz tambien en su fidelidad y sobre todo mas feliz, en la constante bendicion de Dios; la otra singularmente afligida en su corazon, en ese corazon enfermo desde hace siglos; mas afligida tambien en sus hijos, afligida en fin, mas de lo que se puede decir, en los profundos y misteriosos castigos de la Providencia.

¿Y quién soy yo, encargado de interpretar aquí en vues-

tra presencia este encuentro inesperado?... Sí, todo me asombra aquí y yo me asombro á mí mismo.

Las Iglesias de Occidente y Oriente son las que se encuentran aquí, en esta gran reunion cuyo magnífico espectáculo está ofreciendo Roma en este momento al universo; la una implora á la otra á los piés del Padre comun que las bendice á entrambas, y un obispo de Occidente, el último de de todos, un obispo francés es quien habla en este momento en un púlpito de Roma, á los piés de la cátedra eterna, ante los obispos del mundo entero, en favor de las Iglesias y de los obispos de Oriente.

Mas bien no soy yo, sino vosotros, ilustrísimos señores, vuestra presencia la que aquí habla, y yo no soy mas que una voz: *Vox*. ¿Y qué discurso dejaría de ser lánguido ante vosotros? Por eso no me propongo dirigir un discurso á este pueblo, nó; vengo á decirle meramente: venid y ved.

Ved quiénes somos, quiénes son todos estos obispos aquí congregados y para qué los trae Dios; y ved tambien cuáles son las necesidades de esta Iglesia de Oriente que nos implora.

Para tratar tan grande asunto, pidamos á Dios la asistencia de su gracia por la intercesion de María.

Ave María.

I.

¿Qué objeto tiene, carísimos hermanos, este concurso extraordinario de los obispos católicos en la ciudad santa y en este templo y en este dia? ¿De dónde vienen? *Qui sunt hi et unde venerunt?* (Apoc. 7, 14).

Vienen de toda la cristiandad, como en otro tiempo esos hebreos de que hablan los Hechos de los Apóstoles, que acudían á Jerusalem en los dias de sus grandes solemnidades; vienen de toda tribu, de toda nacion y de toda lengua que está bajo la capa del cielo: *Et omni tribu, et lingua, et na-*

tioni quæ sub cælo est (Act., 5, 9). de todas las partes del mundo conocido, civilizadas, ó salvajes.

Obispos de todas las Españas, que habeis acudido en tan gran número y despues de tantos años de ausencia, vosotros venis de esa tierra católica siempre virgen en su fé, que sostuvo durante seis siglos una cruzada incesante é invencible contra el Islamismo, y que despues ha permanecido exenta de infidelidad, de cisma y de heregía.

Obispos de las Islas británicas, venis de la Irlanda.—la nombro la primera, la debo este honor, porque es la mas fiel—venis de esa tierra de los santos, de esa antigua Erin, tan paciente, tan generosa, tan heróica, cuyos hijos están consagrados por do quiera al apostolado y al martirio!.... Venis de la valiente y montañosa Escocia; venis de esa grande Inglaterra, cuyo nombre no podemos repetir sin que se estremezan nuestras entrañas, sin que nuestros corazones esperimenten á la par que un profundo sentimiento de pesar tambien otro de esperanza!.... Para venir á Roma, habeis seguido las vías que siguieron en otro tiempo esos santos misioneros que el gran Papa San Gregorio, poseido de un afecto inspirado por vuestro noble país, la envió al traves de los mares para llevarla las luces, despues tan turbadas, de la fé evangélica.... Pero nuevos fulgores anuncian hoy un esplendor, y presto, así lo espero, no habrá allí mas que un rebaño y un solo pastor.

Vienen carísimos, hermanos, como os lo decia poco há, de todos los países de Europa: de esa cristiana Bélgica, tan generosa en sus ofrendas al Padre Santo y cuyos hijos han derramado su sangre, con los hijos de la Irlanda y de la Francia, por la Sede Apostólica; vienen de esa Holanda á quien en vano sujeta la heregía; de la Saboya, de la Suiza, de esas altas montañas, en las cuales reina todavía la fé sencilla de las edades antiguas. Vienen de la Baviera, de las márgenes del Rhin, de toda esa docta Alemania, país del profundo

saber y de las grandes luchas de la doctrina, donde abatis, grandes obispos, bajo la obediencia de Jesucristo, *In obsequium Christi* (2, Cor. 10, 5), toda ciencia vana y soberbia que se eleva sobre la ciencia de Dios. Vienen de esa Hungría, país de los héroes cristianos, que los últimos rechazaron del suelo europeo las invasiones del islamismo.

Vienen en fin, y debo decirlo en alabanza de los soberanos que, estraños ¡ay! á nuestra comunión, al ménos han sabido desprenderse noblemente de tristes recelos y añejos temores,—vienen de la Prusia y de la Rusia; vienen de esa noble é infortunada Polonia, siempre calólica hasta el fondo de sus entrañas y cuyas largas infelicidades, hasta que Dios se apiade por fin de ellas, deben excitar la mas tierna y profunda simpatía en toda alma patriótica y cristiana.

¡Qué he de decir aun! vienen de los continentes mas remotos, de las extremidades mas lejanas del mundo. Obispos de ambas Américas, ni la inmensidad de los mares, ni las fatigas y peligros de tan largo viáje, nada ha podido deteneros; llevados en las alas de fuego de los modernos buques, habeis venido del Norte, del Sur, del Canadá, de los Estados-Unidos, de Méjico, de la República Ecuatorial, trayendo en vuestros rostros venerables, las huellas de vuestro laborioso apostolado en esas inmensas diócesis, donde el Evangelio no ha terminado aún sus conquistas. No sé qué ardor de fé y abnegacion anima á vuestras jóvenes Iglesias recientemente fundadas bajo la bendicion del Padre comun. Él bendice y todos con él bendecimos á Dios por nuestra venida, la mas generosa de todas.

Y sin embargo, me equivoco: hay algunos que han venido con mayores fatigas aún de los desiertos africanos, de los arenales abrasadores, de las islas desconocidas, de todos los climas tan funestos al europeo, donde misioneros intrépidos, han ido á llevar el Evangelio, arrostrando todos los dias la muerte. ¡Todos sus compañeros han muerto! y ellos mismos

solo se han librado, milagrosamente del lento martirio que los devora; pero hay en el fondo de sus corazones, como decia en otro tiempo el inmortal arzobispo de Cambray, un fuego mas poderoso que les consume y les hace triunfar de todo por la fé y la sublimidad de un valor invencible; y han venido del fondo de la Guinea y de la Abisinia, donde Evangelizan á los negros, y del Archipiélago Oceánico, donde Evangelizan á los salvajes. Los peligros del Padre comun los han conmovido en sus lejanas soledades, donde vivirian sin ningun consuelo si Dios no estuviera siempre al lado de los que parecen se hallan solos y desamparados del mundo entero, al lado de los que todo lo han sacrificado y, segun la admirable expresion de San Pablo, han dado sus almas por el nombre del Salvador Jesus; y se han encomendado ellos mismos á la gracia de Dios, *traditti gratia Dei*. (Act. XV, 40.)

Todavía hay algunos á quienes no he nombrado, señores; pero séame permitido decirlo ingenuamente: si nosotros, franceses, somos aquí los mas numerosos, es porque tal era nuestro deber: nos convenia atestiguar aquí, con nuestra presencia, que la Francia no ha cesado de ser la hija primogénita de la Iglesia, y que con la santa Iglesia romana, madre y doctora de todas las Iglesias, las Iglesias de Francia, como decia en otro tiempo San Pablo, quieren vivir y morir. *Ad convivendum et ad commoriendum*. (2 Cor. 7, 3).

Qui sunt hi, et unde venerunt? ¿quiénes son estos y de dónde han venido? Ya os lo he dicho, hermanos míos; ¿pero cómo han venido?

¡Ah! podria repetir con vuestro San Gregorio: Bajo los piés de los Santos de Dios se ha inclinado el Océano: *Pedibus Sanctorum substractus Oceanus*: el Océano, el Mediterráneo, todos los mares los han visto: preguntábanse átonitos: ¿á dónde van esos hombres? é inclinaban con respeto sus olas bajo sus plantas para llevarlos á la ciudad eterna.

Lo demas ya lo sabeis, pues esta amable narracion ha

sido hecha ya y puedo terminar el texto entero de San Gregorio: el Oceano ha oído resonar el antiguo gozoso *Alleluia*. Han venido con los cánticos del Señor en los labios á la par que con el amor del Padre común en el corazón. Se les veía al poner el pié en el buque que debía conducirlos hácia Roma, entonar el dulce *Ave Maris Stella* y repetírselo á la que la Iglesia llama Estrella del mar: y desde la ribera les respondían los fieles. Marsella, la católica Marsella, les aclamaba con embriaguez. Y durante su travesía rápida, si bien demasiado lenta para su impaciente deseo, volvían á entonar sus cánticos que retumbaban á lo lejos en el mar sonoro y brillante; y cuando por fin tocaron en la primera ciudad hospitalaria del patrimonio de San Pedro, cantaron con alegría el bello salmo: *Lætatus sum in his quæ dicta sunt mihi* (Ps. 121, 1). Gran contento tuve cuando se me dijo: Iremos á la casa del Señor. *In domum Domini ibimus*. Y en medio de estos cánticos y de esta esplosion de amor y de fé pusieron el pié en el suelo itálico *Italiam! Italiam!* rodeados de todos esos sacerdotes que con tan piadoso apresuramiento habian venido en su séquito y precipitándose con ellos á las puertas de la Ciudad eterna.

¡Ah! no me perdonaría á mí mismo si no tributara aquí á tantos sacerdotes generosos un solemne homenaje! Sí señores, muy grato es para vuestros obispos, muy dulce para el corazón del Padre común, veros en número tan crecido en la ciudad santa, el día del gran testimonio del episcopado católico, atestiguar así á la faz del mundo la indisoluble union del episcopado y del sacerdocio en la invencible adhesión á la cátedra de San Pedro; es bello y edificante veros prosternados con tanta fé y piedad en estos famosos santuarios ennoblecidos y consagrados por la memoria de los santos y la sangre de los mártires. Solamente Dios sabe, y vuestros modestos presbiterios serán largo tiempo los únicos testigos de ello, á costa de qué sacrificios y privaciones ha-

beis realizado esta peregrinacion, pero, buenos sacerdotes, ¿qué os importa? Tendreis la dicha de haber podido probar, en medio de vuestra pobreza, á Pio IX y al mundo, que no hay en la Iglesia mas que un corazón y una alma cuando se trata del corazón de Jesucristo. Sí, á todos os bendigo con ternura y respeto; pero Dios solo, por la voz de su vicario, puede recompensaros bien.

¡O santa gerarquía de la Iglesia católica, obra de sencillez y fuerza verdaderamente divina! En su seno fecundo fuera del alcance de todo poder humano, la Iglesia de Jesucristo posee dos principios de fecunda é inmortal vitalidad, dos formas invencibles de expansion y concentracion. Se parece esta bella gerarquía á uno de esos bellos ejércitos celestes, á esos grandes sistemas de astros sembrados en la vasta estension de los cielos. Cada astro tiene sus leyes, sus movimientos, sus armonías, y sin embargo, ninguno está independiente y aislado en el espacio, sino que cada cual forma parte de un sistema y gravita en derredor de un sol resplandeciente, principio de todos los movimientos y centro de la luz: así la Iglesia católica. Distribuye en el firmamento del mundo espiritual, como otros tantos focos de luz y de vida, sus obispos con sus sacerdotes: *Vos estis lux mundi* (Mat. 5, 14), dice nuestro Señor; como otros tantos, astros *stellas*, dice San Juan Evangelista. Pero estos astros del cielo de la Iglesia, como los astros del cielo del mundo, tienen tambien su centro luminoso que los atrae y en derredor del cual se mueven con movimiento seguro y armonioso. Este centro de la Iglesia, este sol del mundo de las almas, es el Papado. Hé aquí la gerarquía y la magnífica unidad de la Iglesia; y si esta ley fuera violada y rota esta uninad, ¿qué quedaría en el mundo de las almas? Astros errantes por el espacio, *Sidera errantia*, confundiendo sus órbitas, chocando entre sí y pereciendo en las tinieblas. [Judæ, 13.] Pero demos gracias inmortales á Dios, pues muy dife-

rente es el espectáculo que contempla la tierra en estos obispos del mundo entero, agrupados pacíficamente en derredor de la cátedra apostólica; y hé ahí lo que hace vuestra belleza y vuestra fuerza, ó Santa Iglesia de Jesucristo, cuando marchais, con Pedro á vuestra cabeza, como ese ejército de que habla la Escritura, *Ut castrorum facies ordinata* (Cant. vi. 3); presentando á todas las miradas un frente incontrastable; oprimiendo á vuestros enemigos bajo el peso de vuestros compactos batallones; ejecutando los movimientos que desde arriba os ordena Jesucristo, vuestro gefe invisible, haciendo obrar unánimemente, y reuniendo acá en la tierra, bajo la direccion de Pedro, todas vuestras fuerzas en una sola accion. (Bossuet, Sermon sobre la unidad de la Iglesia.)

Hé aquí pues, señores, quiénes somos, de dónde y cómo hemos venido. Y ahora ¿dónde estamos?

Estamos aquí; en la ciudad santa, en la ciudad eterna, en esta Roma, patria comun y querida de todos los corazones cristianos. ¿Y quien no lo siente, quién no lo dice y quién no lo ve ante esa expansion de los corazones y de los labios? Cada cual se halla aquí contento, feliz, á su gusto, como en su patria, en su casa y en su familia.

Estamos entre los mas famosos recuerdos, los mas elevados pensamientos y las cosas mas grandiosas; entre las tumbas de los héroes y las tumbas de los mártires, aquí donde las ruinas son gloriosas y donde el polvo mismo es santo.

¿Y en qué hora estamos aquí? Preciso es decirlo: en la hora del peligro, pero sin temerlo. Estamos aquí—quién no advertiría tan estraña conjetura de los tiempos—como los apóstoles en el Cenáculo, entre la Ascension y Pentecostes, orando, esperando y no temiendo.

Hay algunos, lo sé, que temen por nosotros y que nos atribuyen sus solicitudes, y que quizá han dicho, mofándose de nuestra partida: “¿Pero adónde vais? Vuestro Dios

no está ya allí; ha desaparecido. *Ubi est Deus eorum?*” (Ps. 113, 17).

Así se mofaban tambien los judios, seguros de haber sellado la tumba de Jesucristo, cuando los discípulos se encerraban con Pedro y María en el Cenáculo. Y el dia mismo en que se proferian estas burlas blasfemas, muy temprano se conmovian súbitamente los cielos, un ruido desconocido se hacia oír, el Espíritu Santo, el espíritu de verdad, el espíritu de amor y de fuerza descendía con su llama á los corazones: manifestaba su presencia con golpes que todavía retumbaban en el mundo; y si todo ha cedido al imperio incontrastable de la palabra apostólica, si la ley de caridad y de gracia ha sido fundada en la tierra, si os hablo yo, si estais vosotros aquí despues de diez y ocho siglos, si vuestros corazones están llenos de fuego sagrado, todo esto lo debemos á la virtud de ese dia inmortal.

Vosotros los que creis á la Iglesia en su decadencia, miradla de cerca y ved en sus miradas esa llama de vida, y en su frente esa juventud eterna; y decidnos si todo esto no está en pié, vivo, inmortal, por la virtud divina y eternamente invencible de Aquel que descendía sobre los apóstoles en la mañana misma del dia en que mil voces esclamaban en derredor de vuestros padres: *¿Ubi est Deus eorum?* ¿Dónde está su Dios?

Pues bien, hé ahí lo que hemos hecho. Hemos venido aquí, en esta confianza, para este gran aniversario que este año será solemnizado por la canonizacion de nuestros mártires: conmemoracion gloriosa que nos recuerda que la virtud de Pentecostés subsiste hasta nosotros; que el cruel Japon y todos los tiranos pueden herir; que los apóstoles del Evangelio tienen en sus venas una sangre que solo desea ser derramada por Jesucristo, y que la Iglesia no puede desfallar en la gran mision que le ha sido asignada por su di-

vino fundador de ser siempre aquí abajo el testigo y garante de la verdad y la justicia.

A veces, en esos momentos, no diré de desaliento y desesperación, sino de tristeza y turbación que, durante los días malos, se apoderan de las almas, aun de las más fuertes, en vista del alejamiento aparente de Dios, suele decirse: ¡Oh! ¡cómo prueba Dios á su Iglesia! Y yo estoy inclinado á decir: ¡Oh! ¡cómo la consuela! ¡cómo la sostiene! ¡cómo la glorifica! ¡cómo, en no sé qué juego divino de su Providencia, se complace en hacer suceder para ella, durante el trascurso de su peregrinación en la tierra, á pruebas pasajeras, auxilios inesperados y triunfantes. La prueba es una de esas nieblas de la mañana que á veces se levantan y asustan al tímido viajero. Pero el que tiene corazón y prosigue su camino, presto ve disiparse el vapor húmedo y frío y resplandecer el sol en lo más alto de los cielos. Cristianos, cristianos de poca fé, ¿qué teméis? *Quid timidi estis?* (Matt. VIII, 22). Dios está tras de la nube; esperad un poco, él se mostrará y le volveréis á ver en toda su fuerza y gloria.

Por mi parte, cuando os miro, cuando os cuento y oigo el grito de vuestras almas, no puedo menos de decirme: Aquí hay no sé qué acción secreta y poderosa de Jesucristo; es como una aurora, como un lejano perfume de victoria. Sí, esta es la víspera de un triunfo, ya que no el triunfo mismo. Es la víspera de una de esas victorias que celebraba San Pablo cuando decía: Lo que nos hace alcanzar victoria sobre el mundo es nuestra fé: *Haec est victoria quae vincit mundum, fides nostra.* (Ep. Joan, V, v, 4).

Y francamente, lo pregunto aun á aquellos que no tienen la dicha de participar de nuestras creencias y esperanzas: ¿hay aquí abajo una ciudad, un pueblo, un rey, un poder soberano, cualquiera que sea, que, con un mero deseo del corazón, espresado en los términos más mesurados, reservados y delicados, haya visto de repente conmoverse al mundo

entero y venir de todas las estremidades de su imperio los representantes de todos los pueblos á poner á sus piés su adhesión y su amor? No, no hago injuria á ninguno de los poderes de la tierra diciendo que no hay en toda ella una que pueda conmoverla así enteramente. Lo repito, ese es un signo patente de la presencia de Dios en su Iglesia, y para el día que sabe la Providencia, un presagio seguro de la victoria.

Y aunque nos faltaran para fortalecer nuestras almas estos grandes pensamientos, el suelo que hollamos con nuestras plantas basta para inspirar las mismas esperanzas.

Me gusta, lo confieso, cuando estoy en Roma, inquirir nuestros orígenes; me gusta descender á las entrañas de la tierra, visitar esas inmortales catacumbas santificadas por nuestros mártires, volver á encontrar en ellas los recuerdos y las sagradas osamentas de los que murieron por Jesucristo. Y entre esas profundidades divinas adonde me gusta penetrar, hay una que he buscado entre todas las demás y que quizás habreis buscado también vosotros como yo, á causa de su horror lastimoso y de su gloriosa desnudez. Quiero hablar de las prisiones mamertinas. Sí, cuando deseo fortalecer mi valor, me voy allí; desciendo á la última profundidad, y prescindiendo de los recuerdos profanos, de Yugurta, de los cómplices de Catilina y todos los demás que recuerda este lugar, allí vuelvo á encontrar á Pedro y á Pablo..... ¿Qué pasaba en el alma de estos grandes apóstoles encadenados ambos á dos en este calaboso infecto? Ya no tenían ni luz, ni sol, ni vida..... Luego los sacan á entreambos de allí y marchan en silencio, el uno conducido hácia los jardines de Neron, y el otro por otra vía..... donde cae su cabeza, porque es ciudadano romano..... Por lo que respecta al primero, tiene el honor incomparable, justamente reservado al príncipe de los apóstoles, de ser crucificado como su maestro, pero con la cabeza vuelta hácia abajo.....